

Los tres pasajes

Leonardo Farias

Los tres pasajes



Capítulo 1

Los tres pasajes

Cuando amanecía mamá nos despertaba para ir al colegio. Mi hermano siempre estaba listo antes que yo. Intentaba ser mas veloz en ocasiones, pero era genéticamente imposible, siempre parado frente a la puerta, esperando que yo terminase. Y encima, a mis once años, tenía que soportar que mamá nos acompañara hasta la puerta del colegio. Y todo porque mi hermano estaba todavía en tercer grado. Por eso, siempre me adelantaba unas cuadras, así todos mis compañeros me veían llegar sólo. Junto a ellos, desde temprano planificábamos las tardes. Damián, Luis, Gastón y yo no faltábamos nunca a las reuniones, después del almuerzo. Los demás, a veces venían, a veces no. Pero para nosotros juntarnos por la tarde era parte del día, como dormir, como ir al colegio, como lavamos los dientes (aunque me fastidiaba), como ir a natación (que me lo había recomendado el médico para agrandar la caja torácico).

A la salida de clase era indispensable fijar la hora de reunión, generalmente, entre las dos y las tres de la tarde.

Después de comer, cada uno en su casa, nos juntábamos en la Av. Jonte, justo enfrente de uno de los tres pasajes: Crainqueville, Chimborazo y La Calandria. No había impedimentos de ningún tipo. Ni la lluvia, ni el frío y mucho menos el calor, impedían la mística reunión. Siempre en el umbral de la agencia de autos, a la hora de la siesta. Las tardes siempre empezaban igual, siempre juntando dinero para la pelota de plástico. Era de no creer, pero la pelota siempre terminaba pinchada. Si no era la rueda de un coche, terminaba colgada en lo de algún vecino; si no la pinchaba un vidrio la pinchaba una planta con espinas. La única vez que logró sobrevivir a nuestro fútbol, la pinchó el perro de Damián durante la noche, cuando todos dormían. En el momento que teníamos todo lo necesario para la supervivencia en los pasajes cruzábamos jonte y nos internábamos en las calles angostas. Los tres pasajes tenían dos cuadras cada uno. Dos cuadras de aventuras, tensiones, risas, corridas, juegos, peleas, peligros. Y si de peligros he de hablar, entonces, no puedo dejar de mencionar la vez que el pibe del Chimborazo nos largó el ovejero alemán. Yo no era muy veloz corriendo, me acuerdo porque jugábamos carreras a veces, pero ese día arranque último y llegué primero. Era un gordo de unos dieciocho años, nunca lo supimos exactamente. Cuando estábamos aburridos o nos cansábamos de lo habitual, teníamos alternativas muy interesantes. Una de ellas era gritarle al gordo, todos juntos en la puerta de la casa, que era un maricón bola de grasa. Entonces salía con un palo y nos corría hasta la esquina. Pero ese día, cuando abrió la puerta y vimos salir a esa fiera que tenía como perro, todos estábamos seguros que habría una baja en la barra. Nos

equivocamos por suerte, pero el animal nos corrió como tres cuerdas.

Si la lluvia comenzaba en medio de un partido de fútbol, era impensable suspenderlo. No importaba lo que nos esperaban en casa por parte de nuestras madres. Bajo la lluvia y las copas de los árboles, en el interior de los pasajes, nos creíamos verdaderos jugadores de primera división. El viento soplaba, las hojas rugían como hinchas de fútbol, el asfalto se mojaba de apoco y los vecinos cenaban sus ventanas mientras nosotros gritábamos goles y fules.

Si la lluvia era torrencial, entonces, corríamos al pasaje Crainqueville, donde las ramas formaban un techo impermeable sobre la calle.

De vez en cuando algunos puños, patadas, escupidas y otras agresiones de chicos de once años terminaban los partidos antes de tiempo.

Lo que a mí más me gustaba eran las persecuciones. Cuando la pelota se pinchaba o alguno la colgaba en alguna terraza (hecho muy habitual) nos dividíamos en dos bandos y empezaba la cacería. Un grupo escapaba y se internaba en cualquier lugar que este dentro de los límites de los pasajes y el otro grupo tenía que atraparlos a uno por uno. Cada rincón de un umbral, cada cantero, cada patio escondido detrás de rejas, cada pasillo de una casa chorizo, había sido estudiado por nosotros como trincheras en un verdadero campo de batalla. Hubiéramos podido correr en esos pasajes con los ojos vendados y detenernos en el rincón que quisiéramos. Lo sabíamos, cada uno lo sabía para consigo mismo y entre todos compartíamos ese orgullo en silencio, sin haberlo mencionado nunca. Simplemente buscábamos asombrarnos unos con otros, cada día, con un nuevo rincón insólito descubierto para usar como escondite.

El gordo no era nuestro único enemigo declarado, en todos los pasajes teníamos dos, o al menos, un vecino que nos echaba a los gritos todas las tardes. Y con la pelota de plástico, llevándola de pie en pie, rotábamos de cuadra hasta ser expulsados de todas y volver a empezar. La verdad es que cada uno de ellos salía muy enojado, pero de algún modo estaban agradecidos: de alguna manera veníamos a romper con el silencio y la soledad de esos tres pasajes perdidos en la ciudad; tres pasajes que vibraban todas las tardes, a la hora de la siesta.

Siempre, después de las cinco de la tarde, reuníamos las últimas monedas y nos comprábamos coca cola y galletitas dulces. Merendábamos en el cordón de alguna vereda o en una esquina de los pasajes o en la agencia de coches de Jonte si llovía. Entonces empezaban las largas charlas sobre fútbol, bailes del colegio, chicas, ideas para molestar a los del pasaje, nuevos flippers en la casa de videojuegos, hechos sobrenaturales, programas de televisión, dibujos animados.

Cuando la noche empezaba a caer, alrededor de las seis o siete de la tarde, las luces blancas de los tres pasajes comenzaban a encenderse tenues. Las casitas entre bajaban las persianas y encendían los faroles de los umbrales. El canto de los pájaros comenzaba a apagarse y la música de las calles angostas iba perdiendo sonidos. Nuestros pasos de zapatillas con agua de zanja marcaban los acordes finales de esa música cotidiana. Con los buzos en la cintura, las remeras fuera del pantalón, nos marchábamos.

Mama me mandaba a bañar apenas daba la primer pisada en casa. Y mas tarde terminaba la tarea de matemáticas y lengua semi dormido sobre los cuadernos y manuales. Pero debía pelearle duro a esas ganas de dormir, porque todavía debía cenar. Y la verdad, que si algo me mantenía con los ojos abiertos era el olor a milanesas o estofado o empanadas o churrasco con ensalada que mamá preparaba un rato antes de las nueve de la noche. Pero en cuanto terminaba de comer me dormía mirando algún programa de televisión. Agazapado en el sofá del comedor, con el pijama puesto dormitaba hasta entrar en el sueño profundo.

Y seguramente, cuando el último de nosotros, se habría dormido hasta el día siguiente, comenzaría el sueño de los tres pasajes: el sueño que contendría el eco de pelotas contra la pared, de risas burlescas, de corridas desesperadas, de aventuras peligrosas, de conversaciones, de deseos expresados, de fantasías manifiestas.

El sueño de los tres pasajes, nuestro único sueño por algunos pocos años de nuestras vidas.